

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías, 52, 13 – 53, 12): **Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.**

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): **«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»**

2ª lectura (Hebreos, 4, 14-16; 5, 7-9): **Mantengamos firmes la fe que profesamos.**

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): **«Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.**

Jesús, el que nació en Belén, vivió en Nazaret, predicó en Galilea, Samaria, Jerusalén y demás pueblos de la Judea, se enfrenta al final de sus días en una lucha a muerte contra el poder de las tinieblas. Vida y muerte entablan un duelo en el que solo cabe un vencedor; no será la muerte, pues ¿cuál sería su victoria?, tampoco es la vida mortal, pues para morir nació.

Entonces ¿qué misterio es este, el de la muerte de Jesús? Se vislumbra una nueva vida, inmortal, sobre la que la muerte no tiene ya dominio alguno. Pero es cierto que Jesús murió, ¿qué sentido tiene su muerte? A esta pregunta responde el profeta Isaías al presentarnos el cuarto cántico del Siervo humilde de Yahvé: **«Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron; ...murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes, ...expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, y Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores»**, es el poema de un personaje misterioso, un siervo de Dios paciente y glorificado, se trata de un inocente que debe sufrir mientras son respetados los culpables, un humillado que triunfa, un muerto que vive.

La muerte de Cristo, sí tiene sentido: su muerte, aceptada como aparente castigo al morir como un malhechor, rompe el esquema tradicional de la justicia divina entendida como una especie de Ley del talión; *“quien la hace la paga”*. Ahora nos revela algo nuevo: el sufrimiento no es solo castigo, sino que puede ser curativo, salvador, puede hacer bien y traer paz y bienestar. Y lo más sorprendente es que el sufrimiento puede curar, salvar a los otros, a los heridos de muerte, a los pecadores. Pero entonces tiene que sufrir el justo, ya que el impío, al sufrir, paga lo que debe, mientras que el justo al sufrir, salva, cura a los demás.

El autor de la Carta a los Hebreos nos dice que Jesús, el Hijo de Dios, puede compadecerse de nuestras flaquezas, porque él mismo ha sido probado en todo, igual que nosotros, menos en el pecado. En el hecho de la encarnación hay que buscar esta condición mortal, que Jesús acepta para cumplir la voluntad del que le ha enviado: **«Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; ...entonces yo dije: Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»**. Estas palabras de Cristo nos iluminan el sentido de su muerte. Por la encarnación del Hijo de Dios entró en un universo en el que la muerte tenía poder.

Jesús es el siervo inocente que sufre y muere por los pecados del pueblo pero que será exaltado y por su medio **«triunfará el plan del Señor»**. Es lo que san Pablo en la segunda carta a los Corintios nos dirá más tarde: **«A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él»**. Este es el sentido de nuestra celebración de la Muerte del Señor en este Viernes Santo. La liturgia nos narra la Palabra de Dios en una exposición dialogada de la pasión y muerte de Jesús. Es una narración para meditarla en su totalidad y en silencio.

Aquí podemos destacar algún punto de este relato: Jesús es apresado en Getsemaní por la traición de uno de los suyos y es conducido ante el Sanedrín. Tras el juicio ante el Sanedrín, donde han acordado condenarlo a muerte, son conscientes de que ellos no tienen el derecho de ejecutar una sentencia de muerte y, entonces lo llevan ante el procurador de Roma, pero a este, una acusación de blasfemia lo deja indiferente. Entonces los sanedritas, en un acto supremo de hipocresía, cambian la acusación, ya no lo acusan de blasfemo, ahora lo acusan de sedición, de proclamarse rey, frente al César.

A partir de aquí el relato de la Pasión va detallando las torturas y humillaciones que sufre el Hijo de Dios. Al ser igual que nosotros los hombres, siente el rechazo de la muerte y suplica a su Padre con poderoso clamor y lágrimas, que, si es posible, le libre de este trance; siente en la cruz todo el peso del hombre, del hombre pecador, del hombre lejano de Dios, y por eso grita: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**.

El aparente abandono del Padre, al no salvar a su Hijo de la muerte, no le impidió atenderle en la hora suprema. Jesús, aun con ser Hijo de Dios, aprendió en la escuela del dolor lo que era obedecer y así siente la respuesta del Padre ante su grito desgarrador: el silencio respetuoso ante el Hijo que sufre obedeciendo hasta la muerte; por eso Jesús sabe que lo que a Él le toca ya está todo consumado.

Está cumpliendo la misión del Siervo de Yahvé y así en el momento de expirar puede proclamar: **«Todo está cumplido»**. Se ha cumplido el plan de Dios: El hijo de la Mujer ha aplastado la cabeza de la serpiente. El que venció en un árbol ha sido en un árbol vencido. Él ha venido ocupándose siempre de las cosas de su Padre y ahora al acabar su tarea le encomienda su espíritu. Confía en que su Padre le dará la vida inmortal la que vence definitivamente a la muerte. Jesús, el Hijo de Dios, al morir ha transformado la muerte del hombre, convirtiéndola en paso decisivo para la vida eterna para todos aquellos que no rechacen compartir plenamente, con fe viva, el misterio de la Muerte de Jesús.